**LÁGRIMAS DE BARRO**

Julián corrió a toda velocidad sobre el asfalto tratando de alcanzar el auto que se encaminaba hacia el puente; intentaba decirle al conductor que él le serviría de guía hasta el santuario de aves que se encontraba en la parte alta de la cascada. Pero el hombre parecía no haberse dado cuenta de su presencia porque no había volteado siquiera a mirarlo.

Quién sabe qué demonios le pasaba últimamente –pensó Julián- porque ya eran más de diez veces en las que los carros pasaban sin detenerse a pesar de sus gritos. Se estaba convirtiendo en un ánima quizá, como Carmen su madre, a la que a veces veía bajar al río con una carga de ropa sobre la espalda que luego colocaba sobre las piedras redondas cercanas a la corriente y se empeñaba en lavarse el rostro una y otra vez para que no se le notaran las lágrimas que le caían como un rosario de cuentas de barro y crucifijos de madera sobre el rostro.

-Las ánimas no lloran, solo andan en pena-, le había dicho su abuela Lupe, el día que Julián le aseguró que había visto a su madre bajando a media noche por la ladera hasta el río llevando una falda roja y unas trenzas largas que le colgaban sobre el pecho desnudo y ensangrentado. Pero Julián recordaba bien lo que había visto, y estaba seguro que eran lágrimas de tierra rojiza las que brotaban de las cuencas sin ojos de su madre. Intentó hablarle, pero, igual que los turistas, parecía no escucharlo, ni verlo, ni percibir su respiración agitada por la intensa carrera de más de trescientos metros que emprendía desde la “cueva del silencio” donde pasaba sus días.

Este año, los turistas que venían desde Creel eran menos que los años anteriores, eso decían los viejos y Julián no tenía porque dudar de su palabra; los pocos que llegaban, se mostraban renuentes a pagar por un guía que resultaba innecesario en un camino tatuado en la tierra por el constante ir y venir de los vivos y de los muertos. Quizá éstos últimos eran quienes más lo usaban.

Lupe decía que había tardes, cuando el bosque enmudecía y se ponía gris, en las que algunos decidían transitar por allí y al mirarlos en la distancia, los veía convertirse en sombras que terminaban por perderse entre los pinos y luego, de cuando en cuando, regresaban por las noches a mirar desde lo alto de las rocas, las casas de madera que yacían dormidas junto al arroyo y que en algún momento, habían sido suyas.

Carmen –pensaba Julián-, era una de esos vigilantes nocturnos, estaba seguro, aunque ella sí bajaba hasta la orilla del agua tratando de quitarse el barro del rostro.

Julián esperaba que su madre un día llegara hasta el sitio donde él dormía y le arrancara la telaraña pegajosa que tenía atravesada en la garganta y que no le permitía hablar como lo hacían los otros niños de su edad. Solo emitía gemidos extraños que se convertían en la burla de los demás igual que sus pies deformes y el par de jorobas que le deformaban la espina dorsal. “Eres un mudo estúpido y deforme” le gritaban constantemente haciendo crecer el cachorro de lobo feroz que llevaba dentro. Gritaba y agitaba sus brazos peludos una y otra vez pero lo único que conseguía era que la burla colectiva fuera más grande igual que su frustración y su dolor.

Por las noches lloraba y el desconsuelo era tal que se convertía en aullidos de dolor que atravesaban la oscuridad mientras Julián le preguntaba a las sombras ¡¿por qué demonios había nacido como había nacido?! Nunca tuvo una respuesta, porque las sombras se negaban a hablar.

Esa noche, el aullido caló tan fuerte y tan hondo que las sombras se estremecieron y decidieron que era hora de contarle a Julián, que la telaraña babosa que llevaba en la garganta era una herencia de su abuelo Facundo que había violado a su madre desde que aquella cumplió los 11 años y la llevaba a las fiestas para que ocupara el lugar de su abuela Lupe quien ya para entonces, era una anciana de 35 años.

A los 13 años, Carmen supo que estaba embarazada. Las sombras se lo dijeron una noche mientras trataba de aguantarse las ganas de llorar que la atacaban constantemente porque el corazón se le paralizaba cada vez que Facundo aparecía detrás de las rocas trayendo con él a otros hombres que saciaban sus ansias bestiales en su cuerpo de adolescente que se convertía poco a poco en una marioneta a la que se le iba cayendo la vida en pedazos.

El embarazo de Carmen, ahuyentó a Facundo quien, en una borrachera cometió el error de cambiar un par de vacas flacas por una mujer que se llamaba Trinidad.

La panza de Carmen crecía tan rápido que parecía que reventaría en cualquier momento. No fue así. Siete meses después, sentada en cuclillas en “la cueva del silencio”, dio a luz a tres seres descomunales que terminaron partiendo su cuerpo en dos y arrancándole la vida. Eran los hijos de nadie y de todos.

La abuela Lupe apenas pudo contener el horror al mirar los cuerpos deformes de sus nietos a quienes, solo escuchaba croar como los sapos viejos. Sin pensarlo dos veces, mientras la espesura de la noche caía sobre las montañas, corrió hasta el río y lanzó a los dos engendros mayores para que la corriente se los llevara a otro mundo.

Pero Lupe no pudo lanzar a las agua turbias al más pequeño, que ya había abierto los ojos y la miraba como si la conociera de siempre. El corazón se le encogió y le lavó el rostro para quitarle la maraña de pelos que traía pegada.

Fue entonces cuando Carmen bajó al río, con el pecho ensangrentado y los ojos vacíos llorando lágrimas de barro. Tenía las trenzas largas cubriéndole el pecho y una falda blanca enrojecida por la sangre por donde se le fue la vida.